

CULTURA

Una novela de magia y hadas recibe el Minotauro

JACINTO ANTÓN, Barcelona
"La mayor dificultad para un mago, para uno verdadero, reside en hacer creer a los demás que la auténtica magia no existe". Lo sostiene el mismísimo rey de los magos, Jean Eugène Robert-Houdin (1805-1871), en *Los últimos años de la magia*, de José Antonio Fideu, la novela ganadora del Premio Minotauro 2016 de literatura fantástica entregado ayer en el marco del festival de Sitges.

La obra, ya en las librerías, es una hermosa y poética fantasía ambientada en la época victoriana, en la que un muchacho apasionado de la magia, recogido por un veterano de la Guerra de Crimea, se convierte en aprendiz de Houdin (del que tomó su nombre el célebre escapista Harry Houdini). Descubre entonces el chico que el gran secreto del padre de la magia moderna es precisamente que no hay truco y la magia en realidad existe.

Con esta premisa, el relato, de una enorme sensibilidad y un extraordinario sentido de la maravilla, se adentra por caminos sorprendentes iluminados por la luz de las hadas (Houdin posee una) y entenebrecidos por la presencia de un siniestro personaje denominado El Cazador de las Hadas.

"He tomado de Ray Bradbury la idea de que a veces la historia viene de unas pocas palabras, y esta procede de esas tres tan evocadoras: cazador de hadas", explica Fideu (Albacete, 1972). "A partir de ahí siguió todo".

En el relato dice haber puesto buena parte de sus filias, como Dickens, Shakespeare, Verne, el *steampunk*, Ursula K. Le Guin o el cine fantástico. El autor dice que la magia le ha gustado siempre aunque no sabe hacer trucos. "No soy mago, solo maestro de escuela".



Paul Schrader, ayer en el festival de cine de Sitges. / SUSANNA SÁEZ (EFE)

Paul Schrader: "No hemos perdido el arte, sino el público"

El cineasta presenta en Sitges 'Dog Eat Dog' con Cage y Dafoe

GREGORIO BELINCHÓN, Sitges
Paul Schrader da la mano y avisa: "Voy a comer un sandwich. La hora de la comida la he pasado durmiendo". Cosas del desahogado horario. Está en el festival de Sitges para recibir un homenaje y por la proyección de *Dog Eat Dog*, que a su paso por Cannes cosechó alabanzas. El guionista del mejor *Scorsese*, el de *Toro salvaje* o *Taxi Driver*, y director de *American Gigolo* o *Mishima*, había recuperado el nervio artístico tras diversos desbarres como *The Canyon*, con la que visitó la Seminci en 2013. Schrader (Grand Rapids, Michigan, 1946) debuta como actor en un personaje secundario que impulsa la trama de este *thriller* con Nicolas Cage y Willem Dafoe que se estre-

narán en España en el primer trimestre de 2017.

Sin embargo, no parece apreciar mucho el resultado: "No quería hacer un filme policiaco, pero leí el guion y era extraordinario".

Una novela de Bunker

El libreto se basa en la novela homónima de Edward Bunker, apasionado escritor de novela negra, donde aborda su pasado criminal, y actor: fue el señor Azul en *Reservoir Dogs*. "Nunca había leído nada de Bunker". ¿No le atraía? "No conocía su obra. Tuve que cambiar la época, trasladarla de los noventa a la actualidad".

Schrader traga sandwich y su inglés multiplica su ininteligibilidad. Pero le gusta hablar de cine,

se limpia y reflexiona: "El cine me importa, al contrario que a muchos cineastas actuales. No es culpa de ellos, sino de la sociedad. Si hubieras vivido en los setenta en Hollywood, una edad de oro en cuestión de talento, habrías visto que la diferencia entre aquellos años y hoy es el público. Se tomaban las películas en serio; aprendían de la situación social a través de ellas. Cuando los efectos especiales cambiaron el tipo de espectadores, el cine mutó. Así que no hemos perdido el arte, sino que hemos perdido el público. No creo que podamos revertir la situación". Lo dice alguien que no vio ni una película hasta los 18 años, por una estricta educación calvinista.

Su *Dog Eat Dog* no deja espa-

cio a la esperanza o la redención. "Me lo he pasado bien haciéndola. Espero que sea transgresora, que entretenga, que se vea que busco una sensibilidad especial que reclamé al equipo técnico, jóvenes debutantes casi todos. Y ya está. Ahora estoy concentrado en mi siguiente trabajo, que será distinto". Su título, *First Reformed*, con Ethan Hawke y Amanda Seyfried. "Creo que me ha llegado el momento de hacer una película más espiritual, sobre la vida y la muerte. Hace unos años cené con Pawel Pawlikowski, director de *Ida*, y me convenció de que me tocaba filmar algo de este estilo. Así que la escribí", relata.

Como en *Dog Eat Dog*, ¿triunfan en el mundo el odio y la ignorancia? "Desde luego. Y no hay más que fijarse en los debates entre [Donald] Trump y [Hillary] Clinton. Estados Unidos ha legitimado ese odio y esa ignorancia. Durante décadas, estuvimos orgullosos de que en nuestro país no triunfaran dictadores. Hoy no lo tengo tan claro con las revueltas y tanta basura sobre la supremacía blanca", sentencia.

TIPO DE LETRA

Javier Rodríguez Marcos

Un Nobel al Philip Roth africano

Cuidado con desear que gane quien nos gusta: puede llevarle al dique seco

Mañana se sabrá quién gana el Nobel de Literatura, un premio que cada año desata un maremoto de especulaciones estimulado mayormente por dos sentimientos: el narcisismo y el nacionalismo. Es el narcisismo el que hace que al día siguiente de que se lo den a un polaco muchos lectores lamentemos que no lo haya ganado nuestro escritor neoyorquino favorito. La satisfacción de decir "yo la vi primero" es casi siempre mayor que la curiosidad por descubrir un autor cuyo nombre no sabemos ni pronunciar. A veces, eso sí, con el pecado va la penitencia. Cuidado con desear que gane el que nos gusta: el deseo puede cumplirse y llevar al dique seco a nuestro candidato, condenado durante 12 meses a hacer de *honoris causa* y a no redactar más que manifestos contra Donald Trump.

El segundo factor, el nacionalismo, nos lleva a suspirar por un paisano nuestro solo por el hecho de serlo. Es el mismo impulso que lleva a enorgullecerse de la expansión del español por el mundo cuando el motivo lógico

de orgullo sería la expansión de las lenguas extranjeras entre los españoles. Las virtudes literarias de nuestros compatriotas ya las conocemos; lo que necesitamos es un jurado sueco que nos descubra a otros virtuosos.

Hay quien dice que el Nobel es un premio político y lo es, pero no porque cada tanto lo gane un chino sino porque, igual que antes de 1945 se lo repartían franceses y alemanes, desde el final de la Segunda Guerra Mundial son mayoría los estadounidenses (no digamos los anglofonos) que se lo han llevado. No pasaría nada porque lo ganase uno más —Philip Roth, por ejemplo—, pero tampoco estaría mal que nos dijeran en Estocolmo quién es el Philip Roth africano. ¿Existe? Seguro que sí. Lo que no tenemos es paciencia o luces para descubrirlo por nuestra cuenta. Para eso está el Comité Nobel, que es solo un club de lectura cualificado, no el tribunal supremo de la justicia literaria. 18 individuos que nos han llevado a la obra de Bashevis Singer, Wisława Szymborska, Herta Müller o Svetlana Alexiévich

merecen cierto crédito. Y digo "llevado" y no "descubierto" porque pensar que el Nobel descubrió, por ejemplo, a Mo Yan parece algo ingenuo en el caso de un autor de 60 años y 12 libros (varios adaptados al cine) y nacido en un país de 1.300 millones de habitantes. La ingenuidad recuerda aquella ironía de Eduardo Galeano cuando la profesora dijo en clase que Núñez de Balboa fue el hombre que descubrió el Pacífico. Pregunta de Galeano: "¿Los indios que vivían por allí eran ciegos?".

Este octubre las apuestas de la casa Ladbrokes señalan, como otros muchos años, al keniano Ngugi wa Thiong'o, que no hace tanto publicó en Debolsillo *Descolonizar la mente*. También repiten Murakami, Adonis, Ko Un, Jon Fosse y, por supuesto, Philip Roth. Estaría bien que lo ganara, aunque solo fuera para que no lo terminen comparando con Borges. Bien pensado, tal vez debería ganarlo Edna O'Brien; ¿para qué dársele a Philip Roth si puedes dársele a la escritora favorita de Philip Roth?